



# El barrendero

Jorge Bravo Fernández

Que tengas buena mañana, mamá –se dirigió al retrato que había sobre la consola del recibidor antes de abrir la puerta de la calle–. Prometo tenerte presente este día igual que te he tenido el resto. Sólo espero, cuando vuelva, que me puedas decir que no he merecido de ti ningún reproche. Adiós –se despidió, tomando la fotografía y allegándole un beso que recogió de sus labios con los dedos índice y cordial, los mismos exactamente con los que un sacerdote daría una bendición, a la imagen en sepia del portarretratos. Lo devolvió, con delicadeza y miramiento, a su lugar. La mujer se

le quedó mirando desde su inmovilismo con unos ojos incisivos, duros, perseguidores, sólo levemente aligerados por lo que se podría entender como un fondo de pérdida, tal vez de abandono.

Xoán trabajaba en la Casa del Concello de Ponte-deume. Todos los días salía de su portal a las ocho en punto de la mañana. Su indumentaria era pulquerrima: camisa blanca almidonada, traje con corbata, abrigo y sombrero preferentemente negros, sin olvidar por supuesto unos relucientes zapatos a juego tras el intensivo masaje de la gamuza, y el paraguas inexcusable en razón del clima del terruño. Sin embargo, según algunos compañeros de trabajo, tenía una mala

costumbre: no desayunaba en casa y esperaba hasta las once para engullir el primer bocado de la jornada. Los comentarios le llovían de todas partes en la oficina:

—¿Cómo lo puedes hacer, Xoán? Yo siempre antes de marcharme tengo que tomar algo.

—Es de escalofrío, Xoán. Venir aquí con el frío que hace y el estómago vacío, sin siquiera un cafetito.

Las tareas administrativas que desarrollaba eran insignificantes y aburridas. Tal vez por ello, desde que cruzaba la puerta del edificio, solamente pensaba, como una de las menudas alegrías que se podía permitir, en el café con leche acompañado de churros que lo llamaba y tiraba de él en la cafetería. Escogía siempre la misma. Le chiflaba andar despacito para allá: un paseo agradable por las calles más estrechas de la villa, surcando la densa niebla matinal, bien abrigadito, con la cabeza embutida entre el sombrero y la bufanda. Le daba auténtico gusto mantener una controversia futbolística con el camarero, penalti sí penalti no, casi tan humeante como el café recién puesto sobre la barra, pero muchísimo menos ya volver, un tanto apagado, con cierta nostalgia de la repetición de lo mismo aplazada hasta el día siguiente, al rutinario trasiego cotidiano.

Hacía unos meses le había asaltado una excepción en sus hábitos. Le ocurrió justamente enfrente del mercado, al otro lado de la plaza donde la torre de los Andrade miraba a la ría, al pie de los escalones de piedra que ascendían hacia una fachada blanca pero sucia, descuidada, de la que hacían saliente a ambos lados del portón principal, arqueado en forma de medio punto, dos tejadillos apoyados sobre cinco columnas toscas, elementales, bajo los que la clientela con su compra, o los viandantes sin paraguas, se guarecían de los chaparrones traicioneros o la lluvia pertinaz.

Cada vez que pasaba por allí, cada vez que Xoán veía la cornisa triste que pretendía festonear la fachada, como un reactivo automático, como un contrapunto imprescindible, se le venían a la mente las nubes algodinosas de la infancia despejándose poco a poco para atisbar el frontispi-

cio de un cine antiguo, estelar, la multitud arremolinada en su entrada con una ilusión impaciente, al que su madre le llevaba de pequeño en la ciudad a ver películas invariablemente en blanco y negro que le colmaban de una sensación inefable de plenitud, y en las que siempre terminaban por triunfar, antes de aparecer la palabra "Fin", un vaquero justiciero con su cabalgadura perdiéndose de espaldas en un horizonte montañoso, un niño huérfano y pobre que se hacía querido y rico, o dos amantes a punto de haber visto truncado su amor pero al cabo sellado, en un primer plano, con un beso sublime.

Así que hacía unos meses sus hábitos habían mudado. Pero el promotor del cambio no había sido él. Incluso, si por él hubiese sido, no lo habría iniciado: Xoán se detenía a charlar unos momentos, más o menos dilatados, con el barrendero de la plaza. Era extraño el vínculo, no sencillo de perfilar. Xoán, persona tímida, poco sociable; el barrendero, un vertedor incansable de palabras. Ni siquiera tenían semejanza en la edad: el barrendero, joven; Xoán, no tanto, mismo con un principio de canas en las sienes. De todos modos, había surgido entre ellos, para empezar, un hablar por hablar. El paso del tiempo, después, había convertido la relación en una creciente intimidad por la parte del joven que, a la postre, le había llevado a contar alguna que otra historia de su vida.

La mejor señal de identidad del barrendero era que se pirraba por las mujeres. Ellas constituían, si no el único, sí su tema de charla preferido. Una obsesión. Xoán le escuchaba, le dejaba hablar, aunque a veces, todo hay que decirlo, le aplastaban como una apisonadora la envidia y unos deseos imposibles. La realidad es que Xoán nunca había tenido habilidad con ellas, que se ponía nervioso a su lado y se desangelaba, que jamás le habían hecho el caso que él hubiese querido. Al barrendero, en cambio, sí. A Xoán le daba mucha pena. Quizás permaneciera soltero para siempre, bendición de la que su madre le había ilustrado con insistencia ("Non cases filliño, non cases, o matrimonio éche un veneno"), incluso en el día infausto de su fallecimiento ("Calquera galbana

quixera cazarte coma unha raposa. Xa cho advirto, filliño. Despois non digas que non cho advirteín”).

Ese lunes fue como tantos. Xoán andaba hacia la cafetería saboreando en mente los churros con azúcar que no había probado durante el fin de semana, los mojaba lentamente en un café que cualquier mañana osaría alternar con un chocolate, si conseguía olvidar la barriga que le crecía, y después quitaba el gusto dulce del paladar con un vaso grande de agua. Justo en ese instante, rompiendo bruscamente la representación lamina del ceremonial, saltaba a escena el personaje del barrendero y trastocaba la trama. A Xoán este corte no le molestaba. Todavía quedaba intacta ahí la realidad de ese desayuno por venir, muchísimo mejor sin duda que la ficción huida. Por eso, al verlo, lo saludaba atento y le preguntaba un poco por preguntar, sin demasiado interés.

—¿Y qué tal el fin de semana?

—¡Joder, Xoán, si te contase!

—¿Qué pasó?

—Fue grande.

—No me digas.

El barrendero se dispuso a contar amañando en el carro de trabajo sus aparejos. Xoán, antes de decidirse a nada, ya comprendía que iba a escuchar. Daba lo mismo que le apeteciese o no la conversación. No era capaz de pararle. Se dejaba derribar por el empuje de él, por su energía, idénticos a los que tirando de un enorme escobón y un carro le servían, físicamente, para ganarse el pan, moviéndose de aquí hacia allá, en una ronda como de laberinto por calles que todos los días eran las mismas.

—La historia es un poco larga.

—Cuenta.

—Vas a desayunar.

—Tú cuenta. Si no puedo soportar el hambre, te lo digo.

El barrendero miró alrededor. Había un inspector de zona a quien no le gustaba esa actitud suya tan parolera, que consideraba claramente propia de holgazanes. El muchacho no vio a nadie. Tenía libertad para empezar.

—El viernes por la noche salí con mis amigos de marcha. No sé tú y los tuyos cómo lo hacéis, pero nosotros comenzamos por locales tranquilos para ir haciendo calor. Lo hacemos siempre. Primero vamos a un local y tomamos una copa, después a otro y otra, y así más o menos durante tres horas...

—¿Estáis tres horas cambiando de local?

—¡Hombre!... No es nada exagerado si piensas que la noche es larga.

—Sigue, sigue —Xoán lo dijo con resignación. La noche había sido larga. Estaba claro que hoy la charla, no había mentido el barrendero, era de las que iban a durar.

—Así, decía, hasta que fuimos a parar a un local guapo en el que había en la barra un grupo de chicas solas, sin la compañía de esos gilipollas habituales que parecen que los han parido junto a ellas porque no se les separan. Ya sabes lo que suele pasar: me fijé en una de ellas y ella en mí. No es que estuviese muy buena, pero estaba bien. Sobre todo el culo. ¡Joder, qué culo! La verdad es que las tetas tampoco estaban mal..., pero lo importante era el juego, que comenzamos enseguida: yo te miro; tú me miras; tú me miras y yo te miro... ¿Y luego? Pues a terminar en un baile, pero bien apretaditos. Reconozco que a esas horas de la noche ya estaba algo bebido. Si no, quizás no me hubiese atrevido. Vas a ver lo que hice. Mientras bailábamos yo no hablaba, yo casi nunca hablo; ella sí, sin parar, venga a decir cosas que la mayor parte de las veces no oía, porque allí, con la música... ¿Pero qué crees que me dice?

—No sé. ¿No dices que no oías?

—Esto sí. Tengo los oídos de un Mozart para los asuntos importantes. Dijo que recordaba que había estado conmigo, en algún sitio, hacía por lo menos un año, y que habíamos bailado cuatro o cinco veces juntos. Yo, si tengo que ser sincero, no me acordaba de nada. Pero no dudé. Hay que ser listo. Le dije que, ahora que lo decía, era verdad, que su cara desde hacía mucho rato me sonaba y..., chorradas de ese estilo.

—¡Vaya con la argucia! No sabía que estuvieses hecho tan buen elemento.

—¡Pero qué dices, hombre! Hay que tenerlo todo bien maquinado para que salga. Las frutas acababan por caer de las ramas sin moverlas, pero algunas veces, amigo, si quieres que caigan un poco antes, hay que hacer un pequeño esfuerzo..., moverlas sólo una pizquita... A lo que iba, ya te digo: estaba medio bebido y me dio por provocar algo, no sé, un acercamiento que nos diese un empujón. Yo, cómo negarlo, quería coger la autopista enseguida. Creo que me entiendes. Así, como quien no quiere la cosa, extendí el brazo, la agarré de la cintura y le di un beso en el cuello. Debió de llevarse una gran sorpresa porque dio un brinco hacia atrás. Si me dice que la había picado una avispa, me lo creo. Entonces vinieron las ñoñerías. Las mujeres siguen pensando que los hombres somos tontos y nos engañan. Yo intentaba acercarme, y ella, nada, venga a rezongar y rechazarme. ¿Y sabes lo que hizo? Cogió la tía y se marchó con sus amigas enfadada, como si en vez del beso que le di la hubiese mordido un perro rabioso. Pero ésas, te lo juro, son las mejores. Una de las señales que más promete es que se llenen de ira.

Xoán se sentía descolocado, no menos que un deprimido entre los ruidos vitales de una parranda. Por más que quería, no sabía explicárselo. La ola de verbalismo del muchacho le desconcertaba. No obstante, él era hombre educado y tenía que quedar bien. Por mor de esa delicadeza, ni de lejos porque le picara la curiosidad, alargó el hilo, para que el otro se siguiese extendiendo.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer? Durante mucho tiempo nos quedamos en el local y ni nos miramos, ni una ojeada, como si no nos conociéramos. Sobre las seis de la mañana nos marchamos. Fui a acompañarla al coche en el que había venido con las amigas. Yo todavía estaba peor que antes. Habría tomado dos o tres whiskis más. Cuando estaba a punto de montar se quedó quieta y me miró, y yo aproveché para clavarle a su vez mi mirada. No la pudo mantener, bajó los ojos al suelo y rápido los volvió a subir, muy rápido. Entonces ellos también observaron, me observaron, y me

di cuenta de todo porque brillaban. Sí, es cierto, no te estoy mintiendo: relampagueaban. Supongo que la bebida me facilitó algo que de otro modo no habría tenido, es difícil decirlo, una arrancada, un gesto, ni idea, y me acerqué a ella. Delante de todo el mundo la besé de nuevo, pero esta vez en los labios. Se dejó llevar igual que una marioneta, sin lastre, incluso diría que su piel cambió de color: palideció. Luego dijo a sus amigas que se iría conmigo; que si les apetecía se podían marchar.

Xoán y el barrendero estaban plantados en medio de la calle. El chico calló un instante. Un milagro. Unos rayos de sol valientes comenzaban a desmigajar la densidad de la niebla.

Echando un vistazo alrededor, se encontró las columnas astrosas del mercado. Parecían tan viejas como las de un templo idólatra y antiguo. Ojalá fuera eso el mercado: un templo. Como lo sería para un hambriento. Pero él no estaba muerto de hambre, sus percepciones le parecían clarividentes, y podía percatarse muy bien de la neurosis que se cernía sobre todo. El edificio había sido construido en un plano inclinado, una rampa acusada en la que lo habían tenido que estabilizar. Por arriba era bajo; por debajo, muy alto. Un aumento en la suela del zapato de un cojo manifiesto, o de un zambo, produciría al ver a su portador la misma impresión de tara, de contranaturalidad. Los coches se habían plantado en manada, con la rapacidad y los gañidos del lobo, sobre toda la plaza. De reparar en las incisiones de los muros, incluso algunos habrían conseguido darle un mordisco, rebañarle un pedazo, e ir después de engullido a aliviar su sed cercando el pilón redondo de la fuente de cuatro caños que había al lado.

El mercado, un templo, volvió a pensar Xoán, un majestuoso y auténtico templo... Ojalá todo el tinglado montado sobre su superficie se desbaratará; se cortasen todas las cuerdas de la multiplicidad de sus voces estridentes y humanas; desapareciesen la frutería, la panadería, la pescadería..., todos y cada uno de sus puestos, como cuando Jesús expulsó de él a todos los mercaderes espurios; y, ya ennoblecido, purificado, su-

biendo él la escalinata como el mejor de los fieles, penetrase tras el arco de entrada pisando un esplendente enlosado marmóreo en dirección a un silencio insondable, a una penumbra creciente, donde las caducas disputas entre los dioses paganos entre sí y con los hombres se habían enterrado para siempre, y terminase por exuberar una enorme cruz tras un ara, un árbol incendiario de luz y de vida dando instauración al reposo sobre la Tierra, a una beatitud represada y regresada de nonato en el seno materno...

Xoán se acordó del reloj. Se había hecho tarde y no había desayunado. Había que terminar la charla, aunque el muchacho quisiera continuarla y ese hecho topase con la buena educación y las reglas de urbanidad que Xoán siempre guardaba. Para cada cosa su momento: ése era su lema. Le gustaba hacer bien su trabajo. Temía que los compañeros pudieran pensar que faltaba ni un minuto a la obligación que tenía con él. Ni de escolar, como en cambio sí hacían otros, había hecho novillos en clase.

—Perdona —hizo un esfuerzo considerable para intervenir y cortar lo que suponía la mitad del relato—. Tengo que rellenar unos papeles y está haciéndoseme un poco tarde. Si no tienes inconveniente, seguimos mañana.

—Oh, no te preocupes. Lo seguimos. Tiene todavía su miga. Ya lo verás.

—Estoy seguro. Lo que no quiero es que te sienta mal esta interrupción.

—No pasa nada, hombre. ¡Qué me va a sentar mal! Tú estás en el descanso de tu trabajo, y yo ¿qué hago?: me pongo a contar mi rollo sin pensar en más. Eres tú más bien quien tiene que perdonarme. Mañana me lo recuerdas y termino en un momentito. Te prometo que la historia tiene su miga.

Xoán intentó hacer un gesto de negación como si el muchacho estuviese extremando las cosas.

—Nada, nada. Vete y quedamos en eso.

—Bien. Como quieras.

Echando el desayuno al olvido, Xoán no tomó el camino de la cafetería. Al barrendero le pareció curioso, pero no lo era, porque sentía como una pelea dentro de las tripas. Regresó a la oficina.

Después de acabar la charla se hallaba inquieto, perturbado, y apenas tuvo conciencia más que de eso mientras volvía. Las palomas que zureaban enfrente de la Casa del Concello emitían un sonido que, si otros días le hacía detenerse para distribuirles alguna migaja con los niños, hoy era una rémora, un ruido inaguantable que sólo alcanzaba a molestarlo. Voló de allí.

Entró deprisa, como una flecha envenenada, por la puerta del edificio. Desechando el ascensor, como si fuera a escalar hacia la cumbre escarpada de una montaña, cogió las escaleras con ansiedad para llegar a la segunda planta. Ratón velocísimo, anduvo por el pasillo huidizo, entró en su despacho, y al cabo se sentó en la butaca ante la mesa del ordenador.

Posó las manos encima de las teclas. Quería trabajar. Sí, quería trabajar, pero le goteaba la frente de sudor y se le iba el sentido. Tuvo que aligerarse el nudo de la corbata y desabotonar el cuello de la camisa. Insistió, pero no le era posible concentrarse. No podía apartar lejos de su mente las andanzas del barrendero y de la muchacha. ¿Cómo terminarían? Pero, ¿qué le ocurría? A él, ¿qué le importaba? Debería tenerle sin cuidado. No obstante, se le vaciaba la cabeza y sólo la obstinada historia colmaba, con su olor irrespirable, la cavidad hueca, asfixiante y oscura en que se había convertido. Se concentraba en ella un gran dolor. Se levantó para abrir la ventana. Un golpe de aire limpio hendió el espesor de la habitación. Xoán quiso creer que podría también aventar el tizne que le ensuciaba el pensamiento. Unas imágenes, cuanto menos, comenzaron a remejarse en su interior y llamaban a la puerta para expandirse por toda la estancia. Porfió. Luchó por facilitárselo. Lo sentía como una especie de liberación, porque sino pensó que esa maldita cabezota que algún demonio le diera estallaría... Cuando ambos estuvieron solos, en la hora postrera de la luz de luna, cerca del amanecer, él le propondría ir a una pensión y ella aceptaría. Al principio caminarían por las calles desiertas juntos y livianos, fuertemente abrazados. Él es fuerte y grande, desbordante, un águila; ella un pajarito recién desenjaulado. A veces, parándose,

deshaciéndose de la sombra negra que los apresa, el pajarito yergue su pico y lo hunde en el pico de él. Tiemblan. Se aleja y se olvida el mundo. El beso no es sólo un beso; el beso es la unión estruendosa de las mareas de dos océanos, el perfume penetrante y cautivador de las aguas; pero también es, paradójicamente, la caricia tierna y recíproca de dos bucles de espuma que en una superficie calma y narcótica se funden. Ellos saben que poco a poco pierden de manera irreparable la liviandad; que sólo les falta a cada uno hundir su cuerpo, entero y más, ya mucho más pesado, en un foso hecho de la hondura y profundidad de los deseos.

Al llegar a la pensión no repararían en el olor impuro a humedad del cuarto; en las goteras dibujando figuras inquietantes al azar sobre las paredes y el techo; en la bombilla exiliada llena de polvo cumplidora ya de varios aniversarios; en la ventana cerrada, apuntalada con las contras; en el desasosegante cuerpo acostado del lavabo, recorrido por larguísimas grietas; en el espejo desazogado y herrumbroso, colgando de lado como un ahorcado, en el que de haberlos visto sus rostros les parecerían máscaras ridículas de carnaval. ¿Qué verían, entonces? Verían exclusivamente, para qué más, el lienzo blanco, frío y rígido del lecho, dispuestos a mancharlo, a calentarlo, enviscados en blandecerlo. Se acostarían en él cinco, seis, siete horas, no se acordarían. Agotados hasta el sueño.

La muchacha se despertaría. Con el paso leve del tiempo se iría poniendo más y más triste, hasta llorar y gemir en un llanto amargo y nada contenido. El también se despertaría. Bostezante, estirando los brazos, le preguntaría lo que le pasaba. Entre sollozos y lágrimas, tartajeante su voz, ella le diría que le gustaba mucho y que quería estar con él; que le había gustado desde el primer día que le vio; que lo había buscado durante muchas y largas noches sin volver desafortunadamente a hallarlo. Quería estar más a su lado si era posible, otra noche, en la misma o diferente pensión. Él callaría. Ella le relataría su ajetreada vida: la boda, sus hijos, cómo el marido le pegaba, su separación, la búsqueda de una persona porque no

podía ni sabía estar sin alguien. Él la escucharía, y callaría. Ella tendría una necesidad grande de rasgar su silencio, impostergable, hacerle un ruego: "Háblame, por favor".

Levantándose con pesadumbre del lecho, sin embargo, el muchacho iría hacia la ventana, abriría las dos hojas y se apoyaría en el alféizar. Más allá de su cuerpo inclinado, en el espacio que dejaban las anchas espaldas desnudas, los ojos empañados de ella iban a descubrir un cielo plomizo con augurios de tormenta. Los vuelos asustados de los estorninos rayaban el aire sobre el fondo de un relámpago. Era de imaginar que buscaban refugio de la lluvia inminente entre las tejas de los edificios. Se oyó un repique de unas campanas de iglesia. Tañerían a muerto, porque un viento helado e hiriente entró por la ventana como si fuese empujado por ellas. La chica tiró de la ropa de la cama hacia arriba y se cubrió mejor. Se preguntaba en medio de un repeluzno cómo él aguantaba en su desnudez aquel frío. No tuvo que aguardar la respuesta. Había comenzado a lloviznar y a caerle agua en la cabeza, los hombros y el pecho, escurrírsele hacia abajo por el cuerpo, cuando decidió separarse de la ventana y cerrarla.

—Te has mojado —y ella ensayó una sonrisa.

—Es igual. ¿Has visto por aquí algo para secarse?

—Ven, métete dentro. Te puedo secar yo.

—No. No hace falta —dijo girando la vista a su alrededor.

—Dime algo le pidió. Hincó el codo derecho en la cama y sosteniendo la cabeza en ella recibió el tacto sedoso de la mejilla y de su cabello revuelto sobre toda la extensión de su mano.

—¿Qué quieres que te diga?

—Te lo ruego. Después de lo que te he dicho no puedes dejar las cosas así.

—No has entendido nada —sus ojos estaban agrandados por una dosis de rabia—. Yo sólo quería pasar una noche contigo, nada más. Creía que sobraban las palabras y todo estaba suficientemente claro.

Recogió la ropa con torpeza para vestirse. Ella hincó el otro codo y apoyándose en los dos irguió el cuerpo hacia delante todo lo que pudo.

Las sábanas se deslizaron justo hasta debajo de ellos, liberando sus pechos. Por el color bermejo e intenso de los pezones parecía que brotaban por un instante dos heridas sangrientas de un tallo prolífico.

—Lo mejor es que nos marchemos. Vístete.

—Espera un momento. Si es necesario reconozco que me he equivocado. Ha sido un error echarle mi vida encima como el agua que cae ahora en la calle, así, sin avisar. Pero no tengas miedo. Si quitas las palabras lo importante son los hechos, y éstos son verdad. ¿Qué más da como lo he dicho? No te vayas. Está lloviendo.

—Me voy. Va a ser mejor que quedarse aquí corriendo el riesgo de seguir escuchando tonterías. No te ha sentado bien esto, muchacha. No sé por qué pensaba que estabas más acostumbrada.

—¡Más acostumbrada! ¿Qué quieres decir? Por favor, quédate. Tenemos que hablar.

—Lo siento.

Abrió la puerta de la habitación, salió y la cerró de una manera amable. Ignoraba por qué había barruntado de él un golpe seco, un estampido, y había apretado con fuerza los párpados creyendo inocentemente que lo mitigaría. O, quizás, era incrédula, y en realidad lo había mitigado. A pesar de la alfombra que lo cubría, la que sí escuchó nítida fue la quejumbre del suelo tras sus zancadas.

Estaba sola. Quiso mantener los párpados cerrados, pero suavemente, por ver si como en una cuna la arrullaban con mansedumbre hasta el sueño. No le resultó sencillo. De lo que no tardó en darse cuenta fue de la pegajosa materialidad del tiempo. Saltó de la cama en busca de su bolso. Escarbando en él cogió una cajita muy pequeña de color negro, con unos arabescos dorados y brillantes. Al abrirla podía sospecharse con probabilidad el surgimiento, del interior de una nube de humo, de un genio oriental. Se notaba nerviosa. No le maquinaba bien el juego de articulaciones de las manos y no fue capaz de retener la cajita. Su impacto contra el suelo no hizo surgir ni humo ni genio, sino una especie de confetis blancos de fiesta mustia, unas pastillas redondas que se esparcieron por toda la estancia. Las reco-

gió, se introdujo dos con avidez en la lengua y anduvo a trompicones hasta el grifo del lavabo. Hizo correr el agua y moldeó un cuenco desbordante con las manos, volcándolo luego sobre la boca en un trago de inmenso placer que dejó fluir por la garganta. Los labios humedecidos se movieron anhelantes en respiraciones profundas, como las branquias de un pez derrengado en la tierra. Ya más calmada, se echó de nuevo y se arropó con cuidado. Se acurrucó. Muy despacio se fue dirigiendo hacia un calor confortable en el que se extravió.

Despegó los ojos y se encontró con la ventana cerrada. Se levantó como una masa extraña de la cama para asomarse y conquistar un pedazo de libertad. Anocheceía silenciosamente sobre una villa lluviosa que se colmaba de sombras y de charcos. Unos canes aullaban a lo lejos a una luna inundada. Sin embargo, hambriento, acuchillado de costras, uno se había allegado hasta allí y comía de la inútil sustancia del barro.

La calle estaba vacía de gente, alumbrada por unos faroles gemelos de otro siglo que lanzaban un haz de luz. Uno de ellos, el que estaba justo colgado de una esquina enfrente de la ventana, se encendía y se apagaba, infringía la disciplina luminosa del resto de sus hermanos.

Ella, por un momento, recordó al muchacho. No supo ordenar al respecto las ideas porque la estrangulaba una sensación de despecho y tristeza que no le permitía seguir pensando. Mejor dejarlo. El farol se extenuó en una última luminaria. Fue entonces como si creciese el silencio. A poco, en esa nueva oscuridad, creyó percibir que algo se removía allí, debajo de él. No acertaba a saber lo que era. El agua caía a raudales, pero al raso seguro que algo se removía. Lo que fuera no tenía miedo ninguno a la lluvia. Unos murmullos, unos gemidos, se oían al pie de la esquina. Al principio pensó que debía de tratarse de un viejo vagabundo. Estaría amañando con el cansancio y la fatiga de la edad el lugar donde dormiría esa noche. Muy mal lugar, se dijo. Siguió allí plantada. Los murmullos y los gemidos se multiplicaban y aumentaban en intensidad. No podía ser un vagabundo. Tenían que ser cuanto

menos dos personas, porque a veces los sonidos parecían una conversación en la que se alternaban los timbres de las voces. Sin poder evitarlo, se apartó de golpe de la ventana y se dejó caer angustiadamente sobre el lecho. Las palabras trémulas y sueltas que había atrapado golpeaban como un martillo en la entidad membranosa de su cerebro.

—Hace mucho tiempo que deberíamos haberlo hecho.

—Ya ves que no era tan complicado.

—Ahí enfrente dice un letrero que alquilan cuartos. ¿Quieres que vayamos?

—¿Tú qué piensas?

—No lo pienso. Lo sé, pero quiero que me lo digas tú.

—Eres malo.

—Quizás.

—Vamos.

La mañana siguiente Xoán volvió a no desayunar en su casa. Por vez primera lamentó no hacerlo. Eso significaba que al ir a la cafetería, salvo que lo hiciese casi delictivamente por rúas laterales, sería inevitable el encuentro con el barrendero.

Le acosaban los interrogantes. Por ejemplo: ¿Qué podía esperarse de un individuo como aquél? Un hombre que trabajaba con la basura, que la carreteaba sin interrupción, desde el suelo emporcado hasta esos contenedores pintados de verde que desbordaban de mierda por sus extremos; un hombre, por qué no, del que bien podía afirmarse que se alimentaba de la basura. Los contenedores de los que tiraba eran un escaparate ambulante de inmundicias vaporosas que exornaba un moho efervescente. Contenían de todo. Le repugnaban las espinas de pescado con esos pequeños trocitos de carne todavía adheridos; las colillas y la ceniza salpimentadas sobre la corteza arrugada de un pan mojado, poco antes duro y reseco. Se obsesionaba con los ratones: los destripados por los gatos mayantes de la noche que no le dejaban dormir, seguro, al estar buscando a esos ventrudos asquerosos; y los aplastados por las ruedas de los coches, que había que rascar con el recogedor para despegarlos de la calzada y echarlos, secos como suelas, en-

tre las espinas. Y qué más... Le producía todo tantas náuseas. De buena gana se quedaría en la oficina. No, decidió. Se envalentonó. Había que atreverse a salir a la cafetería. ¿No le esperaba todavía el desayuno? El barrendero era alguien despreciable, cierto, pero, aunque solamente fuese por esa causa, tenía que ser capaz de encontrarse, cara a cara, con él.

Lo vio al doblar una esquina. Allí estaba el hombre. Se acercó muy despacio y trató de no mirarlo ni de reojo. Cuando estuvo a su lado, sus palabras fueron una lombriz que le empezó a tarazar los intestinos.

—Buenos días, Xoán.

Barría y sudaba como si no hubiese pasado nada, como si hubiese dado al olvido toda la porquería de sus días de barrendero y sus noches y amaneceres de canalla. ¿Cómo podía tenerse tanta desvergüenza?

Se tuvo que parar porque le había hablado, pero no permitiría que continuase su historia. Ya conocía el principio, el desarrollo, el final. Ya lo conocía todo. Se fijó en sus guantes. Esas manos que tocaban la piel de las muchachas estaban cubiertas con ellos. El tejido que las separaba de los dedos era de un grosor milimétrico. Nunca se los había visto porque siempre los tenía enfundados, pero esos dedos no podrían evitar, ni aunque quisiesen, el contagio de una mugre que estaba todos los días tan cerca. Le dio un escalofrío. Se acordó de la muchacha, tendida en el lecho, llorando contra la almohada, y sola, sola en la noche. Seguramente, de permitirselo a ese ruin charlatán, si no le contase ahora ésa, le contaría otra nueva historia de otra muchacha emboscada. Tendría miles. Todo sería lo mismo hasta el desenlace. Esta vez la traición los llevaría debajo de la luz doliente de un farol, en una aceña, él volviéndole la espalda, dando unos pasos y abandonándola allí, donde fuese, a ella, a quien él, Xoán, trataría tan bien, sólo con querer, si lo supiese, de modo tan distinto al de ese podre, dejándola allí, perdida, en otro sitio más de la villa solitaria y neblinosa, con lágrimas que mandando le arañasen los ojos encarnados, diciéndose que el mundo tiene estas cosas, que no sa-



be todavía cuáles más tendrá, pero que pudiera ser nunca le salgan como ella un día, cuando era más joven, tenía pensado.

—¡Xoán! ¿Me escuchas? Xoán, ¿te pasa algo?

Vio delante de sí el rostro del barrendero, que le cogía de un brazo con una de esas manos siempre enfundadas. Se sorprendió de mirarlo y de sentir sólo un inexplicable e inútil cansancio...

—Xoán, te estaba hablando...

... si acaso una estricta y educada necesidad de responder...

—Perdona... No me pasa nada. Estoy bien.

—Mira, no quiero meterme donde no me llaman porque nunca fue lo mío, pero si es necesario ya sabes para qué están los amigos...

—No te preocupes. Hoy me han comunicado el fallecimiento de una tía y, como podrás suponer, me siento un poco afectado.

—Si es así... ¿Seguro que estás bien?

—Estoy, estoy.

—Mejor. Mañana, si tienes tiempo, no voy a terminar la historia que comencé a contarte. No es nada en comparación con lo que me pasó ayer por la noche. Xoán, ¿sabes qué? He conocido a una chica del Paraguay, de América. Es verdad. Tienes ante ti a todo un internacional con las mujeres, Xoán, un embajador. Pero nada, eso para mañana.

—De acuerdo. Ya me lo contarás.

—Que te aproveche el café.

—Y eso fue pensando Xoán mientras se alejaba del barrendero, haciéndole eco las palabras, que te aproveche el café, que te aproveche, porque no tenía la cabeza para mucho más, tan poco que en un absceso de desorientación subió la escalinata y se metió por el arco del mercado. Lo pateó de ida y vuelta por los anchos corredores, tal si anduviera por las calles viejas de la villa. Las voces de la gente tupían el espacio cerrado; no debían de encontrar fácil salida y, alguna que otra vez, como un pájaro angustiado en una habitación

clausurada contra la ventana que filtra la luz, percutían agresivas en el oído con el anuncio del género de algún vendedor. Sólo frente a una pescadería, al ver una caja de atún descompuesto que devoraban entre la fruición y la riña tres gatos, el recuerdo de su padre le desaturdió. Su madre le había narrado, en cuántas ocasiones, cuando él hacía los deberes en la mesa camilla mientras ella calcetaba, cuando le ayudaba a vestirse por las mañanas para ir al colegio, cuando cocinaba y él intentaba sin éxito leer, cuando en su cuarto preparaba la oposición y ella entraba y le instaba a vanagloriarse del orgullo que su padre sentiría por el futuro que le esperaba, sí, cuántas veces se las habría narrado, las aventuras y faenas en las almadras de ese atunero que él no había llegado nunca a conocer, su pericia particular en la de monteleva, su arrojo, su valor, su gallardía, la jornada fatal del accidente, más o menos seis meses antes de que él naciera, su cuerpo perdido y sin tumba, la mudanza de ambos a la villa para buscarse la vida mejor después de la tragedia...

Al lado de la cafetería estaba el viejo bar. No había desayunado allí nunca. El camarero parloteaba con dos parroquianos que comiscaban de diversos platos. Cuando se colocó en la barra, pidió su codiciado café matinal y lo tomó, sin hablar, escuchando lo de siempre, penalti sí penalti no, este año, seguro, subimos a primera, sorprendentemente no le supo a nada. Sólo sospechó que quizás esa leche que le habían puesto, todo era posible, estaría mezclada con agua, dando por eso al café aquel sabor tan insípido.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Pontedeume (A Coruña)**.